

FORMAS DE LA VIOLENCIA SOBRE LA PALABRA, EL LENGUAJE Y EL DISCURSO EN *LA CASA DE LOS CONEJOS* DE LAURA ALCOBA

*Forms of Violence on Word, Language and Discourse in
La casa de los conejos by Laura Alcoba*

ESTEFANÍA LUJÁN DI MEGLIO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA (Argentina)
estefaniadimeglio@gmail.com

Resumen: el presente artículo analiza, en la novela *La casa de los conejos* (2008) de Laura Alcoba, las estrategias discursivas y operatorias literarias de representación de ciertos mecanismos de la violencia simbólica, implementada por el sistema represivo de la última dictadura en Argentina. El objetivo radica en observar los procedimientos del discurso que dejan al descubierto la violencia sobre el lenguaje y, en vínculo con esto, el silenciamiento de las discursividades opuestas a la oficialidad junto con la anulación de las identidades que encarnan tales discursos. En el primer apartado se expone el marco teórico sobre lenguaje y violencia del que se parte, mientras que en el segundo se analiza textualmente la novela en cuestión.

Palabras clave: dictadura argentina, violencia simbólica, lenguaje, literatura, Laura Alcoba

Abstract: The present article analyzes *La casa de los conejos* novel (2008) –translated under the title *The rabbit house*– by Laura Alcoba. Specifically, it analyzes discursive and literary strategies of representation of certain forms of symbolic violence by the latest Argentinean dictatorship. The main objective is to observe the discursive methods that reveal silencing and violence over language. Besides, these methods discloses the action of silencing identities by the silencing of discourses, operated by the dictatorship. In the first part of the paper it is explained the theoretical frame about language and violence. The second one analyzes textually these aspects of the novel.

Keywords: Argentinean Dictatorship, Symbolic Violence, Language, Literature, Laura Alcoba

El 24 de marzo de 1976 el dispositivo físico
verbal estaba a punto.
Todo enunciado es un acto de habla
—locutorio: “¡Salgan, cagones!”
—ilocutorio: orden
—perlocutorio: golpe de estado.
Todo enunciado es un acto de habla
y eventualmente un acto terrorista.

Mario Ortiz, “Actos de habla”

Las reflexiones sobre el pasado reciente en Argentina permiten vislumbrar luchas en el presente, puesto que los efectos autoritarios tienen pervivencias hasta la actualidad. Este trabajo estudia las formas de representación de la violencia sobre el lenguaje ejercida por la última dictadura en Argentina, en la novela *La casa de los conejos* de Laura Alcoba. El objetivo principal radica en analizar los procedimientos textuales y las estrategias discursivas por los cuales el silenciamiento por medio del lenguaje y la violencia que ello supone son representados desde el tejido y la trama literarios, como vía de dejar al descubierto esos otros lenguajes y voces silenciados. El texto ficcional opera el cuestionamiento de los dispositivos del poder autoritario. La hipótesis sostenida radica en que la novela ejerce, mediante las especificidades de la ficción literaria, la crítica y la memoria sobre el silencio y la violencia simbólica llevados a cabo por el régimen castrense.

Discursos suspendidos: la violencia sobre el lenguaje y la palabra

Todo poder dictatorial y autoritario hace un uso del lenguaje y los discursos por medio de los cuales —y en los cuales— se ejerce violencia. En las palabras, en los discursos, en la omisión de ciertos vocablos o en el radical uso de otros se inscribe la violencia simbólica (Bourdieu, 1990). En otro aspecto, la lengua encarna una particular visión de mundo, al tiempo que estructura las formas de pensamiento, según lo asevera la conocida hipótesis de Sapir-Whorf y que reafirman autores enmarcados en el giro lingüístico como George Steiner (2000). El acto mismo de simbolizar no queda ajeno a cierto nivel de violencia, puesto que, al decir de Slavoj Žižek, la acción adánica de poner nombre significa reducir a signo toda una realidad inherente al objeto material o inmaterial, en tanto es descontextualizado, desde una mirada eminentemente antropocéntrica (Žižek, 2013: 79).¹

¹ Saúl Sosnowski lo explica en la misma dirección y en vínculo con el poder autoritario: “no es descabellado aceptar que la palabra, tanto la pronunciada desde el sitio del poder como aquella que es disparada con propósitos contestatarios, desencadena dispositivos que pueden llegar a regir el destino de los hombres. No hay proceso de selección casual o inocente; toda opción — aun la que se pronuncia más ajena y desinteresada— implica una visión de mundo que de múltiples maneras recibe, modifica e incide en la esfera pública. Los regímenes autoritarios así

Si en situaciones no excepcionales el lenguaje carga ya con dosis de violencia desde el propio acto de simbolizar, entonces las experiencias que se sitúan por fuera de la lógica corriente y dentro del autoritarismo explícito no hacen más que exacerbarla. Hannah Arendt se remite a dos de las principales definiciones del ser humano según Aristóteles: la del hombre como ser político (*zoon politikon*) y la de este como ser poseedor de la palabra, a los efectos de analizar el modo en el cual ambas caracterizaciones quedan anuladas cuando impera la violencia. Se hace necesario aclarar que la autora entiende a esta última como excluyente de la política (1992: 19).² En efecto, “donde acaba el habla acaba la política” (Arendt, 1997: 145).

El régimen totalitario nazi,³ con su masacre administrada y sus campos de concentración, hizo que la muerte alcanzara también a parte de la lengua y el lenguaje. Así lo confirma Giorgio Agamben, filósofo que entiende, vía la *Política* aristotélica, que la transición entre la voz y el lenguaje se configura homóloga a la diferenciación entre la “nuda vida” y la política: “No es, pues, un azar que un pasaje de la *Política* sitúe el lugar propio de la *polis* en el paso de la voz al lenguaje. El nexo entre *nuda vida* y política es el mismo que la definición metafísica del hombre como ‘viviente que posee el lenguaje’” (1998: 17; cursivas del original). Para Agamben, quien retoma, profundiza y reformula el concepto de biopolítica presentado por Michel Foucault, los campos de concentración, lugares de ejercicio del control de la vida y de la decisión soberana en su máxima expresión, se relacionan directamente con la veda no solo de la palabra, sino además de todo lenguaje que no sea el propio del campo —de meros fines operativos—. Tal lenguaje se basa en el despojo de todo lo humano, lo que se traduce en la reducción a la “nuda vida” (1998), cuyo sentido bien queda aludido en la expresión figurada y a la vez literal de Primo Levi, *se questo è un uomo*. En efecto, para Agamben no es posible definir al hombre deslindado del lenguaje.

lo han reconocido y venerado mediante prohibiciones y ejecuciones sumarias” (2015: 34). En sentido análogo lo entiende Perla Sneh: “las palabras no sólo moldean los actos de los hombres, no sólo pueden decidir el gesto que salva o destruye, sino que marcan rumbos en la historia” (2012: 31).

² A pesar de sus diferencias con Arendt, Jean Améry coincide en esto. Desde su experiencia en los campos de concentración, enuncia la pérdida de la palabra que implica cualquier forma totalitaria: “La palabra cesa en cualquier lugar donde una realidad se impone como forma totalitaria. Para nosotros ha muerto hace mucho tiempo. Y ni siquiera nos ha quedado la sensación de que fuera menester lamentarnos por su pérdida” (2001 [1977]: 80).

³ En este aspecto, consideramos el nazismo tal como lo planteara Andreas Huyssen, en calidad de tropos universal del trauma (2001), si bien entendemos, al igual que Tzvetan Todorov, que toda comparación implica diferencias (2008). En Argentina, los dictadores también articularon toda una jerga fundada en el eufemismo, razón por la cual Sneh esboza reflexiones análogas a las de Steiner: “Hay quien no puede pronunciar términos tan cotidianamente argentinos como *parrilla* o *asado*. Tampoco, *traslado*” (2012: 284; cursivas del original). A propósito de los hechos del Tercer Reich y los del Proceso en Argentina, la autora sostiene que se cruzan, como mínimo, en un punto: “la temible voluntad de arrasamiento evidenciada no sólo en la destrucción sostenida de los cuerpos y el aniquilamiento sistemático de los nombres, sino en la *devastación lingüística que esta voluntad dejó a su paso*” (2012: 18; cursivas del original).

Sin dudas, en la materialidad de lo lingüístico y en lo incorpóreo del silencio, en las palabras y en los procedimientos discursivos, se impregnan las huellas de la violencia. Steiner ha estudiado con mirada crítica y minuciosa los modos por los cuales las violencias políticas se inmiscuyen en lo simbólico. En libros como *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano* (2000), *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción* (1980) y *Extraterritorial* (2009) analiza la interrelación existente entre las formas lingüísticas, y el lenguaje en general, y el totalitarismo alemán del siglo pasado. En todos ellos, expone los mecanismos de degradación del sistema lingüístico en las condiciones de lo inhumano, así como deja al desnudo el “fracaso de la palabra” para dar cuenta del horror: con la vivencia de los campos, “poco a poco, las palabras perdían su acepción original y adquirían acepciones de pesadilla” (2000: 128). Ante esta lengua teñida de lo inhumano, se pregunta: “(¿Cómo podría recuperar un significado sano la palabra *spritzen* después de haber significado para millones el ‘chorrear’ de la sangre judía que brota del lugar de las cuchilladas?)”.⁴ Como señala David Le Breton, “si la modernidad maltrata el silencio, no debemos olvidar que cualquier empeño dictatorial empieza matando la palabra” (2006: 5-6). El carácter relacional del lenguaje queda conculcado en el instante en el cual se practica la violencia sobre él. El vínculo y los lazos sociales con el otro por medio de la palabra, oyente y también hablante, son puestos en peligro: “El lenguaje implica a menudo relacionarse con el otro: en esto también el lenguaje ha sido perseguido por las dictaduras, en producir un silencio que no solamente genere desinformación, sino que también rompa el vínculo con el resto y que destruya los vasos comunicantes y relacionales de los diferentes grupos” (Le Breton, 2006: 80).

En un contexto de violencia política y de terrorismo de Estado como el de la dictadura argentina inaugurada en 1976, el lenguaje está atravesado por la violencia: en este marco, los discursos dominantes y alternativos la tematizan mediante su mención explícita, al tiempo que articulan diversos mecanismos y estrategias discursivas que, formulados en torno del tema, están ellos mismos signados por la violencia. La discursividad del poder del último gobierno militar en Argentina (al igual que muchos discursos hegemónicos en las democracias que lo sucedieron) se caracteriza por oscilar entre el silencio más absoluto —instrumentalizando recursos como la elipsis, la omisión o el rodeo— y la referencialidad más directa posible. Esos polos de referencialidad emergen como manifestaciones de la violencia por medio del lenguaje: tanto omitir información como expresarla en los términos más explícitos posibles resultan operatorias que ponen en juego la violencia, en cuanto tiñen las diferentes modulaciones de un discurso que pugna por imponerse. Cuando el entonces presidente de la Junta Militar Jorge Rafael Videla informa que se matarán a todos los argentinos “que sean necesarios para lograr la paz”, está haciendo uso de la violencia en y por el lenguaje. De igual modo, cuando por el

⁴ En la misma línea, Marguerite Feitlowitz se formula igual interrogante: “Cuando se ha manchado el lenguaje mismo, ¿qué debemos hacer para hablar?” (2015: 17).

lapso de tres años y medio guarda silencio, vía la omisión, sobre la existencia de desaparecidos, también la está ejerciendo. Y cuando por fin, hacia fines de 1979, decide mencionarlos porque expresamente le preguntan sobre ellos en una conferencia,⁵ su discurso no se funda más que en el rodeo y la perífrasis, reafirmados estos recursos por sus gestos corporales: sus brazos dan tantas vueltas como sus palabras. De cualquier modo, su enunciación, aunque constituida por rodeos, es bastante elocuente.

Esto conduce a razonar, junto con Alejandro Kaufman, que “el lenguaje [...] no permaneció incólume ante el horror” (2007: 125). Eliminar ciertos términos de la lengua cotidiana, emplear otros con carácter estigmatizante y persecutorio, usar eufemismos que ocultan, como “excesos” o “traslados” para referirse a los crímenes de lesa humanidad, y apelar a cierto vacío de un significado claro y literal, omitir parte de los acontecimientos en un relato que solo menciona por rodeos, todo esto supone, de manera indirecta, la representación de la violencia y del accionar militar por medio de lo simbólico. Primo Levi ya se había referido a la lengua eufemística de los perpetradores a colación del nazismo: “Para mantener el secreto, entre otras medidas de precaución, en el lenguaje oficial sólo se usaban eufemismos cautos y cínicos: no se escribía ‘exterminación’ sino ‘solución final’, no ‘deportación’ sino ‘traslado’, no ‘matanza con gas’ sino ‘tratamiento especial’, etcétera” (2011: 196). Como bien lo subraya Perla Sneh, quien estudia los efectos del exterminio sobre el lenguaje tanto del nazismo como de la dictadura argentina en perspectiva comparada, se trata de “[...] un régimen que hizo del eufemismo una política de Estado, política que, en su aspiración a una literalidad absoluta, buscó abolir la simbolización misma” (2012: 102). Acerca de este punto, en su libro *Poder y desaparición* (2006), Pilar Calveiro se refiere al lenguaje eufemístico de los perpetradores de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio, al indicar las especificidades de tal lenguaje en los siguientes términos:

Es significativo el uso del lenguaje, que evitaba ciertas palabras reemplazándolas por otras: en los campos no se tortura, se “interroga”, luego los torturadores son simples “interrogadores”. No se mata, se “manda para arriba” o “se hace la boleta”. No se secuestra, se “chupa”. No hay picanas, hay “máquinas”. No hay asfixia, hay “submarino”. No hay masacres colectivas, hay “traslados”. (42)

Por su parte, el sociólogo Emilio Crenzel denota el carácter “negador” en lo simbólico que da lugar a una específica jerga de los perpetradores, la cual incluye dentro de su paradigma términos como “chupadero”, “traslado”, “zona liberada”, entre tantos otros (2008: 118). Tal como lo advierte Theodor Adorno en *Minima Moralia* (2001), la lengua materna (*Muttersprache*) ha

⁵ En efecto, esta conferencia fue censurada. En un principio, se emitió en directo; luego, en su repetición, se censuraron dos preguntas: la de Oscar Muíño, que lo interrogó sobre las disidencias, y la de José Ignacio López, quien le preguntó por los desaparecidos (Pigna, 2013).

devenido lengua de los asesinos (*Mordersprache*) (60). El ejecutor de esta violencia es un poder autoritario que se pretende omnímodo aun en lo que hace a la simbolización. Vacía el lenguaje de sentido y violenta la lengua hasta los límites de la eliminación de léxico y la sobreimpresión de significados negativos a sustantivos como “subversión” o “militancia”. El empleo del equívoco, por ejemplo, el que radica en la caracterización de la situación política y social como una “guerra” a algo que en realidad fue un genocidio constituye otro recurso que inscribe la violencia en el lenguaje. Sin embargo, los voceros del inconstitucional gobierno, además de manipular el lenguaje en el propio discurso, apelaron a instrumentar el silencio en la sociedad, mediante la censura y la autocensura.

“Se podría reconstruir así un léxico del desastre”, afirma Philippe Mesnard a propósito del genocidio nazi (2011: 155). Idéntica reflexión podemos esbozar en relación con el caso argentino. Precisamente este léxico es reconstruido y estudiado por Marguerite Feitlowitz en su libro *Un léxico del terror* (2015). En él, analiza la “verborragia” de los genocidas, cuya abundancia de discursos, proclamaciones y entrevistas da cuenta de una apropiación de la palabra y el lenguaje que buscó activar la circulación de discursos, así como poner en funcionamiento el ejercicio mismo de la violencia por medio de la verbalización. Lejos del silencio, los represores hablaban estratégicamente, a conveniencia y generando reflexiones metalingüísticas que se referían al lenguaje permitido (o prohibido) a la sociedad. En el prefacio a su texto, Feitlowitz expone los objetivos que la guiaron en su investigación, donde vislumbra la existencia, en conjunto con las acciones más horribles, de sutiles marcas de la dictadura que, como en círculos concéntricos, van expandiéndose hasta unirse con esas otras marcas fuertes, pesadas, más que visibles (16). Al analizar el discurso de los dictadores, la autora enumera diversas intenciones o finalidades con las cuales aquellos revestían su lenguaje y, en última instancia, sus discursos, en un claro intento por fraguar un relato direccionado a ser legitimador del accionar y del poder autoritarios:

Con habilidad diabólica, el régimen utilizaba el lenguaje para: 1) envolver en misterio sus verdaderas acciones e intenciones; 2) expresar el sentido opuesto al de sus palabras; 3) inspirar confianza, tanto en el país como en el extranjero; 4) infundir culpa, en especial en las madres, para consolidar su complicidad; y 5) sembrar terror paralizante y confusión. La retórica oficial muestra todos los rasgos que asociamos con los discursos autoritarios: obsesión con el enemigo, oratoria triunfal, abstracción exagerada y lemas mesiánicos, todo basado en la “verdad absoluta” y la “realidad objetiva”. (54)

Hernán Invernizzi y Judith Gociol también se refieren a la prohibición de ciertas palabras específicas, como muestra de la violencia simbólica de los genocidas: “había palabras que no se podían utilizar en determinados ámbitos, como por ejemplo, ‘prostituta’ y ‘huelga’” (2007: 111). La sugerencia de un

término en reemplazo de otros es igualmente ilustrativa de estos mecanismos por medio de los cuales se pretendía un lenguaje general y “neutro”, carente de dobleces y particularidades específicas. En última instancia, se buscaba despojar al lenguaje de su esencia constitutiva: hasta ese punto llegaba la pretendida omnipotencia de los dictadores. Al igual que en *1984* de George Orwell y el proyecto de una “neolengua” que suprime los términos ambiguos, controla el significado, establece rígidas reglas gramaticales, “los proyectos totalitarios, que sólo pudieron llevarse a cabo en el terror, siempre pretendieron que la relación del lenguaje con el mundo se redujera a una tautología” (Mesnard, 2011: 295). Claro que el carácter totalmente plano y unidireccional de las palabras y del lenguaje es imposible, precisamente por su condición polisémica y proliferante, como lo han demostrado las formaciones teóricas de los años sesenta, con autores como Foucault y Derrida.

Los discursos que se fundan en la justificación de la violencia y el delito son igualmente violentos. Concretamente, se trata de un lenguaje doblemente violentado, en tanto que muestra las ruinas ante el horror, a la vez que él mismo ha quedado perforado por el terror y dislocado por lo traumático. “La lógica concentracionaria apunta contra la dignidad humana, contra la esencia de lo humano, la palabra” (Rousseaux, 2009: 35). Así, las para-experiencias de lo inhumano tienen efectos sobre el lenguaje en, al menos, dos niveles: el lenguaje como competencia, en cuanto sistema de signos lingüísticos —en su definición saussureana— y el lenguaje como código de representación.

El lenguaje desarticulado y la polifonía de los discursos

Militante política perseguida primero por la fuerza parapolicial de la Alianza Anticomunista Argentina que actuó durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón y luego por la dictadura, la madre de Laura Alcoba (1967) no vio otra salida más que la de atravesar las fronteras del país. Francia fue su destino. A los diez años de edad, Alcoba, quien había quedado en Argentina, emprende su propio exilio para reencontrarse con su madre. El destierro salvó literalmente sus vidas, en tanto que al tiempo de abandonarla, la casa donde vivían fue bombardeada durante tres horas por un operativo militar. Se trata de la denominada casa de los conejos, que da título a la versión en español de la primera novela de Alcoba. Ubicada en un barrio de la ciudad de La Plata, la vivienda fue adquirida por dos militantes Montoneros, Diana Teruggi y Daniel Mariani. La novela cuenta que Laura y su madre vivieron allí clandestinamente durante algunos meses. En el lugar, se dedicaban a la cría de conejos, actividad que no se desarrollaba más que como una pantalla para ocultar la imprenta clandestina, la cual funcionaba en un particular espacio de la construcción donde se imprimía la revista *Evita Montonera*. La niña Laura, de siete años por

ese tiempo, debió no solamente adaptarse a esta vida en clandestinidad, sino también participar en ella.⁶

El francés, lengua de su nuevo lugar de residencia, es el idioma elegido por Alcoba para la escritura. *La casa de los conejos* es una novela autobiográfica que se inscribe en la serie narrativa sobre la última dictadura en Argentina. Escrita originalmente en francés, pero con ciertas palabras que se intercalan en español, se sitúa en un espacio entre lenguas, como espacio liminar que da cuenta del sitio por fuera de todo lugar que le corresponde al trauma. Uno de esos términos es central en la historia, tanto literaria como fáctica: se trata de “embute”, que designa el lugar de la casa, oculto detrás de una falsa pared, donde se escondía la imprenta clandestina.⁷ De pequeña, Laura no podía pronunciar esa palabra puesto que hacerlo habría significado develar el secreto de la clandestinidad. El término da cuenta de que el lenguaje ha sido víctima de una desarticulación por acción de la autocensura, a la vez que se tiene el registro de que ciertas hablas y determinadas lenguas han sido aniquiladas, “desaparecidas”. En efecto, la voz narradora emplea un adjetivo paradigmático, de fuerte carga simbólica, histórica y afectiva para los argentinos, a los efectos de referirse a “embute”: dice que ha “desaparecido”, “ha desaparecido definitivamente [“le terme a définitivement disparu” (Alcoba, 2007: 135)] (Alcoba, 2008: 127). Pareciera que la palabra representa, por desplazamiento metonímico, el destino de los habitantes de la casa de los conejos. Palabra e identidades desaparecidas se configuran en un plano de igualdad. “Embute” es en otro aspecto metáfora y metonimia de la historia a contar. Mientras que el significado que se le atribuyó en la época de la dictadura no está registrado en el diccionario —como da a conocer la narradora y personaje— la historia que se rescata es una no escrita en las páginas oficiales de la época. El relato y la ideología de la militancia, así como todo discurso opositor, intentaron ser silenciados y borrados de la historia, subsumidos y manipulados por el relato hegemónico escrito por los militares y los sucesivos gobiernos que buscaron silenciar una historia. Entonces, es metonimia de la historia tanto en relación con su significante como en cuanto a su significado. La inclusión de términos del lenguaje como “embute” en la novela de Alcoba está vinculada a la recuperación de voces silenciadas y marginales de aquella historia oficial que pretendieron escribir e imponer los represores antes, durante y luego de la dictadura.

Otras palabras en castellano aparecen con motivo de la inclusión de un crucigrama que diseña la protagonista: este se configura a modo de metáfora de la violencia ejercida, entre otros aspectos, sobre la lengua y el lenguaje. Al igual que el trauma irrumpe en la cotidianidad de los días y sus correspondientes

⁶ *La casa de los conejos* es la primera novela de una trilogía conformada, además, por *El azul de las abejas* (2014) y *La danza de la araña* (2017).

⁷ En otros artículos se ha estudiado específicamente las formas de representación e inclusión en la novela de la jerga militante silenciada durante la dictadura, en relación con el espacio entre lenguas propio de este texto y a su vez en vínculo con la memoria y la historia, el horror y lo traumático.

intentos de simbolización coartan todo discurso posible, el crucigrama irrumpe, con palabras en otra lengua, en el discurso y en el lenguaje (el de signos lingüísticos) de la novela. En la misma dirección, diseña una analogía con el lenguaje del horror. Se trata de un lenguaje descoyuntado, que halla su representación simbólica en el crucigrama: las palabras se desarticulan, se desagregan, se segmentan en grafemas como símbolo de la paradójica representación de un horror irrepresentable, de un lenguaje desarticulado puesto que no hay términos, frases ni expresiones capaces de dar cuenta del núcleo del horror vivido. El discurso se interrumpe y se desgarran con las palabras cruzadas, en cuanto pone en escena que el evento traumático es aquello que irrumpe en la experiencia y coarta la posibilidad de lo discursivo. Dice la niña:

Yo quería también darle [a Diana, militante, personaje y a quien está dedicada la novela] una sorpresa imaginando palabras que, al entrecruzarse, hablaran un poco de lo que nos sucedía. Era realmente muy extraño hacerlo en el mismo cuaderno que me habían comprado para ir al [Colegio] San Cayetano, donde debía ocultar y callar todo; pero yo sabía que ya no tenía la menor importancia, que de todas maneras nunca volvería allí; estaba segura incluso de que ese cuaderno no saldría jamás de aquella casa. Estas son las palabras cruzadas que imaginé:

HORIZONTALES:

Del verbo “ir”.
 Imitadora fracasada y odiada.
 Del verbo “dar”.
 Patria o...

VERTICALES

Asesino.
 Casualidad.
 Literatura, Música.

([Alcoba, 2007: 123 —en francés, las instrucciones, en itálicas, aparecen seguidas de las resoluciones—] Alcoba, 2008: 115)

Las palabras cruzadas, tal como las llama la niña, reúnen los términos que articulan la historia: el azar como (no)respuesta de los sucesos traumáticos, Videla e Isabel como las imágenes visibles y de poder de la época en la que se enmarca la temporalidad pretérita de la novela; la muerte como uno de los sustantivos esenciales que sintetiza el horror de aquel momento y que se convierte en núcleo temático del texto, densificado cada vez más hacia el final; el arte, término mediante el cual se asigna un sentido político a la novela y entendida, a la vez, como una forma de resistencia, de memoria y de relectura

de la historia.⁸ En una entrevista para *El ciudadano* —esas otras formas de lo autobiográfico según Leonor Arfuch (2002)—, Alcoba señala que los lexemas que desea transcribir en español constituyen el núcleo de la novela. Comenta lo siguiente:

Sí tiene [el crucigrama] un eco bastante siniestro. Las palabras cruzadas están en castellano en la versión de origen, porque para mí es el nudo, el centro del libro. Porque la pregunta que me obsesionaba, que quería volver a plantear escribiendo el libro es dónde se pasó la frontera entre los muertos y los vivos. La pregunta de haber estado tan cerca de gente que murió y por qué estar del lado de los vivos con todo el peso que eso significa. (2008: s/p)

Por otra parte, a la niña Laura le resulta sorprendente que el cuaderno de la escuela (lugar donde debe ocultar desde su identidad hasta la de los mayores con quienes vive, y su vida en la clandestinidad) sirva de soporte para hablar ahora de todo aquello que debe callar, de todo lo que se encuentra bajo ese mandato de silencio inapelable: lo oficial y lo alternativo conviven en un mismo lugar, donde el silencio y la palabra pronunciada en sordina, solapada, latente, comienzan a entremezclarse. En efecto, es desde el comienzo de la novela cuando la niña expresa ese mandato que sobre ella pesó, a saber, guardar silencio acerca de la vida en clandestinidad, ser ella misma clandestina:

Del altillo secreto que hay en el cielorraso no voy a decir nada, prometido. Ni a los hombres que pueden venir y hacer preguntas, ni siquiera a los abuelos. Mi padre y mi madre esconden ahí arriba periódicos y armas, pero yo no debo decir nada. La gente no sabe que a nosotros, sólo a nosotros, nos han forzado a entrar en guerra. No lo entenderían. No por el momento, al menos

[Pour la trappe dans le plafond, je ne dirai rien, promis. Ni aux hommes qui pourraient venir poser des questions ni même aux grand-parents. Papa et maman cachent des journaux et des armes là-dedans, mais je ne dois rien dire. Les autres ne savent pas que nous, nous avons été obligés d'entrer en guerre. Ils ne comprendraient pas. Pas encore, en tout cas (Alcoba, 2007: 17)].

(Alcoba, 2008: 16-17)

El imperativo de silencio, condensado en un pacto que se continúa hasta justo antes del momento de la escritura, se manifiesta de manera explícita (“yo no debo decir nada” [“je ne dois rien dire”]) y es reforzado por las reiteradas

⁸ Mariela Peller, en su texto sobre la novela, analiza el significado de algunas de las palabras del crucigrama en relación con la postura de la autora como agente político al momento de escribir sobre el tema (2009). Por su parte, Gilda Waldman Mitnick estudia también las palabras cruzadas, aunque tomando como centro uno de los términos nodales, a saber, “azar” (2010: 159).

negaciones, en forma de enumeración, a pronunciar palabra (“no voy a decir nada”; “ni a los hombres [...] “ni siquiera a los abuelos”; “no lo entenderían. No por el momento”) [“je ne dirai rien”; “Ni aux hommes [...] ni même aux grand-parents”; “Ils ne comprendraient pas. Pas encore, en tout cas”]). De la negatividad de la palabra en dictadura surge la productividad de una posterior escritura que recupera el relato y, junto con ello, los lenguajes silenciados.

El crucigrama remeda la novela y por extensión el arte en general; en última instancia, los modos y las representaciones de la realidad: así como en las diversas formas artísticas, se presentan en él diferentes direcciones y niveles de lectura e interpretaciones (horizontales y verticales) sobre lo que se dice y lo que no. Sin ir más lejos, “arte” aparece en este núcleo central de la novela que constituyen las palabras cruzadas, y lo hace en referencia al lugar que a ella le cabe: el de la mirada extrañada, tal como nos enseñaron los formalistas rusos. La literatura en tanto arte modula formas particulares del decir, del representar, trazando, con viejas representaciones (releídas, reestructuradas, reescritas) nuevos imaginarios.

La desarticulación de las palabras en el crucigrama, decíamos, remeda la violencia ejercida sobre el lenguaje. Tal violencia se vincula, asimismo, a uno de los núcleos tanto actanciales como temáticos de la novela: el término muerte aparece integrando las palabras cruzadas al igual que se repite como motivo en el resto del libro, presente de manera implícita o explícita. La muerte es transversal al crucigrama; de idéntico modo atraviesa la novela en su totalidad. Es, de hecho, uno de los ítems imbricados en el trauma del cual la novela toma su materia textual. “La idea de la muerte es la idea traumática por excelencia” (Morin, 1970: 32). Si se compara una gran primera parte del texto, fechada en 1975, con la otra parte, situada temporalmente en 1976 una vez producido el Golpe de Estado, es posible advertir un acrecentamiento de las muertes, contenido textual que se corresponde con los modos del discurso, en cuanto que tales hechos van densificando la atmósfera que se respira en la calle y en la casa clandestina, lo cual se traduce en el contenido de la escritura: “Cada semana, César nos traía noticias que no siempre aparecían en los diarios. Centenares de militantes Montoneros eran asesinados día a día; grupos enteros desaparecían. Porque si a veces los asesinaban en la calle, lo más frecuente era que desaparecieran. Así de golpe [“Chaque semaine, César nous apportait des nouvelles qu’on ne publiait pas toujours dans les journaux. Des Montoneros étaient tués chaque jour; des réseaux entiers disparaissaient. Car si on les tuait parfois en pleine rue, il arrivait plus souvent encore que les militants disparaissent. Envolés” (Alcoba, 2007: 118)]. (Alcoba, 2008: 109) La muerte, claro está, unida a la desaparición.

En el crucigrama, la muerte como concepto ingresa a partir de una consigna política, cuya enunciación tiene asidero en un texto que no hace otra cosa que rescatar esas voces y lenguajes silenciados, consignas e ideologías censuradas; una novela que se configura como textualidad tramada en lo alternativo de la historia y de los lenguajes violentados por el horror:

Yo había elegido las otras para hacer reír a Diana, sobre todo la cuarta palabra, la que repetía la consigna que servía siempre de colofón a los artículos más importantes del periódico *Evita Montonera* y a las declaraciones de Firmenich, y que yo había visto tantas veces pintada en los muros de la ciudad, en las épocas en las que aún tomaba el colectivo. Me acuerdo incluso de una vez, hace ya mucho, antes de que mi padre cayera preso, en que vimos sobre un muro: PATRIA O MU. Yo ya no sé con quién estaba, con una de mis tías, quizá. De lo que sí me acuerdo muy bien, es de lo que me dijo esa persona con quien yo estaba: “Mirá, qué increíble, un militante montonero sorprendido antes de terminar su pintada. Después de todo, quién sabe si así no dice mucho más, y en todo caso, da menos miedo: si no nos ocupamos de la Argentina, nos convertiremos todos en vaca: ;;;MUUUUUUUUUU!!!!”

[C'étaient les autres que j'avais choisis pour faire rire Diana, le quatrième mot horizontal, surtout, qui reprenait le slogan qui servait toujours à clore les articles les plus importants du journal *Evita Montonera* ou les déclarations de Firmenich et que j'avais vu plus d'une fois écrit à la peinture sur les murs de la ville, quand je prenais encore le bus. Je me souviens même d'une fois, il y a longtemps, avant que mon père n'aille en prison, je crois, où on avait vu sur un mur: PATRIA O MU. Je ne sais plus avec qui j'étais, avec une de mes tantes peut-être. Ce dont je me souviens très bien, c'est que la personne qui était avec moi m'a dit: “Regarde, c'est très drôle, ça c'est un militant montonero qui s'est fait surprendre avant de finir son graffiti. Finalement, peut-être que c'est plus parlant comme ça, en tout cas ça fait moins peur: si on ne s'occupe pas de l'Argentine, on va tous devenir de grosses vaches, muuu!” (Alcoba, 2007: 125)].⁹

(Alcoba, 2008: 116-117)

La ficción da lugar a la consigna política en cuestión. El discurso alternativo a la oficialidad del momento encuentra asidero en el tejido escriturario, concretamente con la figura del militante político montonero. Asimismo, el cercenamiento material del lenguaje y de la consigna política o discurso que pone en escena la anécdota da cuenta de la censura y de la violencia que ejercieron los represores sobre todo el lenguaje y sobre los discursos que a ellos y al Proceso se oponían. Por otra parte, la reflexión de aquella persona que replica la nena se esboza, como por un equívoco, a la manera de reflexión acerca del discurso en general, y el de la literatura en particular: tal vez aquello que no se dice por completo termina diciendo más que si se enunciara de manera acabada. En este momento, pareciera que el texto se vuelve sobre sí mismo, en un giro metadiscursivo provocado por tal equívoco. La potencia de lo no dicho radica precisamente en esa ausencia que no es falta, sino que, por el contrario, marca su presencia por estar aludida pero no referenciada. De la

⁹ Puede establecerse intertextualidad con el relato “Graffiti” de Julio Cortázar.

misma forma funciona la literatura, diciendo sin decir por completo y habilitando de este modo una semiosis que lejos de cerrarse en respuestas rotundas abre el camino a nuevas preguntas. Sobre todo, opera recuperando hablas y lenguas silenciadas, al tiempo que pone en escena la censura y el silencio que han operado sobre estos discursos y sobre los sujetos que los han enunciado.

Junto con los relatos callados y obliterados, mediante el crucigrama se da el ingreso de los discursos oficiales del período: al igual que las palabras son “cruzadas”, entran discursos “cruzados”, “enfrentados”, a partir de los nombres propios de personajes de la época que encarnan tales discursividades, como “Videla” e “Isabel”. Ya antes, en el relato del apartado que corresponde al día del Golpe de Estado, se había incluido el discurso de los genocidas. La fotografía de la Junta Militar que aparece en el diario leído por Laura es el prefacio para la lectura de la nota del periódico, la cual hace ingresar, de manera entrecortada, el discurso de la prensa como reproducción de las palabras y el relato propios de los represores:

El proyecto del “Proceso” era “poner el país de pie”. “Frente al terrible vacío de poder”, Videla, Massera y Agosti se habían sentido en “la obligación, fruto de serenas meditaciones” de “arrancar de raíz los vicios que afectan al país”. Y así lo han declarado. “Con la ayuda de Dios”, esperan llegar a la “Reconstrucción Nacional”. Y han agregado, incluso: “Esta obra será conducida con una firmeza absoluta, y con vocación de servicio”.

[Le projet des militaires est de “redresser le pays”. “Face à un terrible vide du pouvoir”, Videla, Massera et Agosti se sont sentis dans “l’obligation, fruit de sereines médiations”, de “déraciner définitivement les vices qui affectent le pays”. Voilà ce qu’ils ont déclaré. “Avec l’aide de Dieu”, ils espèrent parvenir su “redressement national”. Ils ont mê dit ceci: “Cette œuvre sera conduite avec une fermeté absolue et avec la vocation de servir”]. (Alcoba, 2007: 105)

(Alcoba, 2008: 97)

En efecto, una constante en los textos que integran la serie narrativa sobre la última dictadura en Argentina se da en la constitución de su entramado textual a partir de la ficcionalización de discursos que corresponden a consignas, imaginarios, representaciones, modos de ver (tanto a nivel sujeto como en el plano de las instituciones) en discordia y, a la vez, en una pugna constante entre lo oficial y lo alternativo. Son presentados como voces que dialogan entre ellas, se anulan, se rescatan, se interpenetran. El gesto enunciativo se funda en una gradación de recursos retóricos que van desde la referencialidad más explícita posible hasta llegar al tono del susurro, de lo implícito, de lo que apenas permite ser descifrado, casi como sucede con la consigna interrumpida que ingresa en la novela de Alcoba. La multiplicidad de fragmentos de discursos y voces que forman parte del poroso tejido textual en estas novelas, la

interpenetración discursiva, los cruces genéricos que ellas operan, la intercalación de textos y la estilización de hablas, entre tantas otras operatorias, las convierten en polifónicas. En este sentido, las teorizaciones de Mijail Bajtin (1986) significan un aporte pertinente y funcional al análisis propuesto. Además, la presencia de enunciados ajenos en el propio: “cada enunciado es el eslabón de una cadena, muy complejamente organizada, de otros enunciados” (Bajtin, 2011: 24). La bivocalidad en tanto enunciado propio responde a su vez a uno ajeno: “en la realidad, todo enunciado, más allá de su objeto, de una u otra manera siempre contesta (en sentido amplio) a los enunciados ajenos que lo preceden” (Bajtin, 2011: 58). Lo anterior hace pensar en ese enfrentamiento e interpenetración de hablas y lenguajes. En última instancia, la presencia del otro en el discurso son cuestiones centrales en estas novelas:

la expresividad de un enunciado nunca puede ser comprendida y explicada cabalmente tomando en cuenta únicamente su objeto y su sentido. Siempre, en mayor o menor medida, la expresividad de un enunciado contesta, es decir, expresa la actitud del hablante hacia los enunciados ajenos, y no sólo la actitud hacia el objeto de su propio enunciado. (Bajtin, 2011: 55)

La inclusión de enunciados ajenos en el propio así como el ingreso de discursos de diversa procedencia en la novela dan como resultado la configuración del tejido textual heterogéneo, que absorbe tales discursividades, ya sea para apropiárselos, ya para criticarlos y desterritorializarlos, hasta conformar una cartografía en donde la diagramación de discursividades es, al mismo tiempo, la conformación de identidades. El ingreso de tales discursos propone simultáneamente la configuración por medio del lenguaje de lo mismo y lo otro, la identidad y la alteridad, dos cuestiones centrales que aparecen como motivos recurrentes en la serie narrativa sobre la última dictadura: “Se empezó a narrar, además de una ‘historia otra’, una historia desde el Otro” (Strejilevich, 2006: 27).¹⁰ Estamos ante la presencia de discursos y subjetividades formadoras de esos discursos y formadas por ellos. De hecho, el lenguaje y la comunicación son parte constitutiva y constituyente de la identidad:

Existen teorías que dicen que la comunicación es el ámbito del conflicto de las interpretaciones siempre e inevitablemente en pugna. Queda claro, entonces, que en todo momento se trata de observar cómo a través de la comunicación se pone y lleva a delante un proyecto o se viabiliza todo un mundo de la vida que entra en diálogo y pugna con otros. Así queda

¹⁰ La presencia del otro (Sarlo, 1987) y, por extensión, la centralidad de la cuestión identitaria en la literatura de y sobre el período da cuenta de una de las ideas centrales sobre la que se estructuró el régimen militar, basado en la persecución del otro y lo otro, de lo diferente. La identidad (personal, política e incluso social) adquiere un lugar preponderante en este sentido, con lo que se convirtió en blanco esencial de los genocidas: “La desaparición forzada de personas devastó el sentido que otorgamos a la identidad al desgarrar los maridajes tenidos por nosotros, modernos, por irrompibles” (Gatti, 2011: 85).

claro, también, que la comunicación es un campo donde se constituyen las identidades, campo de la identificación, siempre contingente y en proceso, que destaca el status polémico y a la vez crucial del medio. (Díaz, 2004: 62)

Así como en el terreno de la psicología el lenguaje conforma la subjetividad, en el plano de lo literario es también el lenguaje, junto con su gramática y sus jergas particulares, los que configuran lo identitario. Este punto, además de dejar al descubierto que diversas identidades ingresan en la novela, permite deducir que la eliminación de ciertos lenguajes por parte de los genocidas está indisolublemente unida a su objetivo de eliminación de personas. Y ello nos devuelve al planteo de la violencia ejercida sobre lo lingüístico. Es que, como lo sostiene Daniel Feierstein, todo proyecto genocida apela a tener su realización también en la dimensión simbólica, lo que incluye, como mínimo, el relato sobre ese genocidio y los lenguajes propios de aquel individuo o grupo que se considera un otro a eliminar (2011: 128). De allí que la violencia sobre el lenguaje implique, inexorablemente, la violencia sobre las identidades.

Palabras finales

Como veíamos en la primera parte —de carácter teórico— de este trabajo, las atrocidades cometidas por los abusos del poder y los crímenes contra la humanidad dejan una doble huella en el lenguaje, las palabras, el discurso y los relatos, por cuanto estos quedan marcados (por elipsis, omisiones, sobreimpresiones de sentidos sesgados, entre otras formas), al mismo tiempo que deben dar cuenta de las ruinas producidas por el horror. *La casa de los conejos* de Laura Alcoba ficcionaliza, mediante diversas figuras, recursos retóricos, estrategias y operatorias discursivas y literarias, estos mecanismos de violencia simbólica. La inclusión de una palabra de la jerga militante de los años setenta, silenciada al igual que los mismos militantes, opera la recuperación de esas voces borradas, por medio de la literatura. Así, “embute” se convierte tanto en metonimia de las lenguas y hablas censuradas como en metonimia de la historia alternativa que había sido borrada por el régimen, al igual que es figurativa de las identidades eliminadas también por él. Tal eliminación de discursos e identidades es remedada, asimismo, por la consigna política que queda trunca. Por su parte, el crucigrama se transforma en símbolo del lenguaje desarticulado, que irrumpe en el texto como el trauma irrumpe en la experiencia. Uno de sus términos, “arte”, exhibe el lugar y el gesto que le corresponden a la ficción, esto es, restaurar ese lenguaje violentado y delinear las identidades desaparecidas por acción del genocidio. Porque, como entiende Agamben vía su ontología filosófica y poética, la poesía debe servirnos, aun cuando no lo buscare, en la compleja tarea de comprender política y vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor ([1951] 2001), *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Joaquín Chamorro Mielke (trad.). Madrid, Taurus.
- AGAMBEN, Giorgio (1998), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos.
- AGAMBEN, Giorgio ([1999] 2010), *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia, Pre-Textos.
- ALCOBA, Laura (2007), *Manèges. Petite histoire argentine*. Paris, Gallimard.
- ALCOBA, Laura (2008), *La casa de los conejos*. Leopoldo Brizuela (trad.) Buenos Aires, Edhasa.
- AMÉRY, Jean ([1977] 2001), *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Enrique Ocaña (trad.). Valencia, Pre-Textos.
- ARENDT, Hannah ([1963] 1992), *Sobre la revolución*. Pedro Bravo (trad.). Buenos Aires, Alianza Editorial.
- ARENDT, Hannah (1997), *¿Qué es política?* Rosa Sala Carbó (trad.). Barcelona, Paidós.
- ARFUCH, Leonor (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- BAJTIN, Mijail (1986), *Problemas de la poética de Dostoievski*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BAJTIN, Mijail (2011), *Las fronteras del discurso*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- BOURDIEU, Pierre ([1984] 1990), *Sociología y cultura*. Martha Pou (trad.). México, Grijalbo.
- CALVEIRO, Pilar (2006), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- CRENZEL, Emilio (2008), *La historia política del Nunca más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo veintiuno.
- DÍAZ, César (2004), “Tras las huellas de un periodismo ‘desaparecido’”, en *Oficios terrestres. Comunicación y memoria. Estrategias de conocimientos y usos políticos*, año X, n.º15/16. UNLP, pp. 62-69.
- EL CIUDADANO (2008), “Tejemanaje. Entrevista a Laura Alcoba”, *El ciudadano*. 28 de abril. Consultado en: <<https://pifiada.blogspot.com/2009/10/tejemanaje-entrevista-laura-alcoba.html>> (04/03/2018).
- FEIERSTEIN, Daniel ([2007] 2011), *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GATTI, Gabriel (2011), *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires, Prometeo.
- HUYSEN, Andreas (2001), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- INVERNIZZI, Hernán y GOCIOŁ, Judith (2007), *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires, Eudeba.

- KAUFMAN, Alejandro (2007), “Los desaparecidos, lo indecible y la crisis. Memoria y *ethos* en la Argentina del presente”, en Franco, Marina; Levín, Florencia (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós, pp. 235-249.
- LE BRETON, David ([1997] 2006), *El silencio*. Agustín Temes (trad.). Madrid, Sequitur.
- LEVI, Primo ([1958] 2011), *Si esto es un hombre*. Barcelona, Océano-El Aleph Editores.
- MESNARD, Philippe (2011), *Testimonio en resistencia*. Silvia Klot (trad.). Buenos Aires, Waldhuter.
- PELLER, Mariela (2009), “La mirada de la niña. Sobre *La casa de los conejos* de Laura Alcoba”, *Question*. vol. 1, n.º22, pp. 1-3. Consultado en: <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/796/698>>.
- PIGNA, Felipe (2013), “La Conferencia de Videla (1979)”, en *Lo Pasado Pensado*. Consultado en: <<https://www.youtube.com/watch?v=7PCzaoEPv10&t=484s>> (12/06/2020).
- ROUSSEAU, Fabiana (2009), “Memoria y verdad. Los juicios como rito restitutivo”, en Duhalde, Eduardo (comp.), *Acompañamiento a testigos en los juicios contra el terrorismo de Estado. Primeras experiencias*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos, pp. 29-38.
- SARLO, Beatriz (1987), “Política, ideología y figuración literaria”, en Balderston, Daniel et al., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires, Alianza, pp. 30-59.
- SNEH, Perla (2012), *Palabras para decirlo. Lenguaje y exterminio*. Buenos Aires, Paradiso.
- SOSNOWSKI, Saúl (2015), *Cartografía de las letras hispanoamericanas: tejidos de la memoria*. Villa María, Eduvim.
- STEINER, George ([1975] 1980), *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- STEINER, George (2000) [1976], *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Miguel Ultorio (trad.). Barcelona, Gedisa.
- STEINER, George ([1971] 2009), *Extraterritorial*. Edgardo Russo (trad.). Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- STREJILEVICH, Nora (2006), *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires, Catálogos.
- TODOROV, Tzvetan ([1995] 2008), *Los abusos de la memoria*. Miguel Salazar (trad.). Barcelona, Paidós.
- WALDMAN MITNICK, Gilda (2010), “De niñas, montoneros y gorilas”, *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 52, n.º210, pp. 157-159. Sep-Dic. México. Consultado en:

<http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-19182010000300008> (10/12/2017).

DOI: <<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2010.210.25978>>

ŽIŽEK, Slavoj ([2008] 2013), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Antonio José Antón Fernández (trad.). Buenos Aires, Paidós.